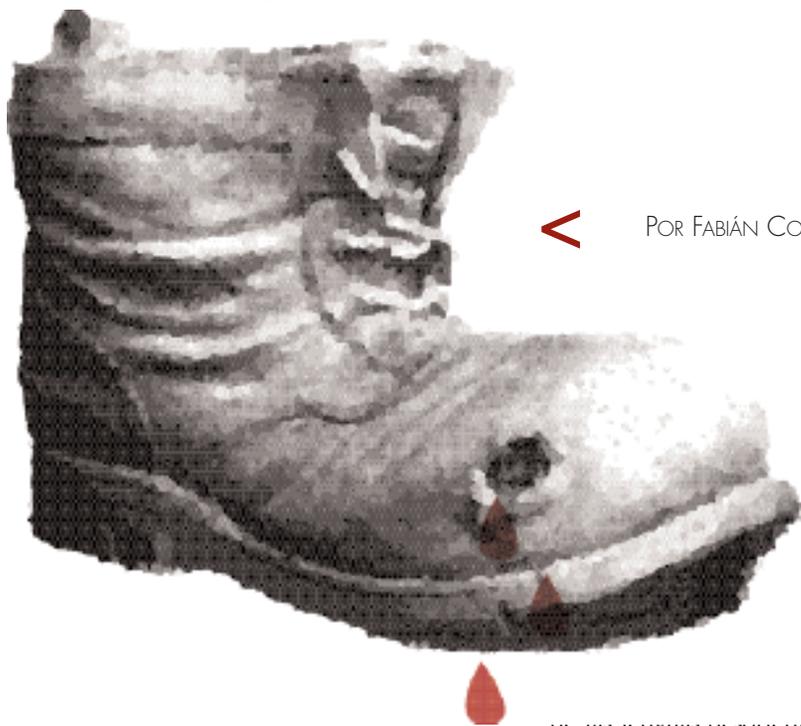


Campaña: ¿lo mismo de lo viejo?



< POR FABIÁN CORRAL >

La campaña electoral de 2006 se mueve en un escenario marcado por la democracia entrapada en la crisis institucional; un país que no acaba de perfilar su personalidad colectiva; una economía estable gracias a la disciplina que impone la dolarización, a la lotería petrolera y las remesas de los emigrados; una agenda nacional con los grandes temas siempre pendientes; los partidos políticos acusando grave descrédito y agotamiento; los movimientos sociales noveleros y atolondrados todavía por la rebelión de abril, sin rutas ni conceptos claros. Y la gente sumergida en la indolencia.

La fanfarria y el discurso

Sobre esa sociedad, cambiante, diversa y contradictoria, flota nuevamente la agobiante actividad electoral, donde miles de candidatos aspiran a una cuota de poder, donde la confusión

de las reglas desorienta aún más al ciudadano común. Pancartas, paredes manchadas, "spots" televisivos, entrevistas, noticias de prensa, recorridos, anuncian el nuevo capítulo de esta sui géneris y ramplona democracia.

Empleando las lógicas del mercado y las pautas comerciales del bazar, el marketing triunfa sobre la racionalidad política y procura entretener al auditorio y vender personajes que le digan al pueblo lo que al pueblo le gusta escuchar, menos propuestas rigurosas y realistas. Y entre la algarabía y la fanfarria uno se pregunta ¿cuándo tendremos una campaña distinta? ¿Será esta la reiteración de las que se vienen sucediendo desde 1978? ¿Será un episodio de objetividad, de sensatez y de prudencia como lo exige el tiempo que vivimos?

El país, entre la lotería, la inestabilidad y la emigración

En los últimos diez años, el Ecuador atravesó una de las más serias crisis polí-

ticas de su vida republicana. En ese tiempo, el país ha tenido siete presidentes, y no hay uno solo que haya terminado su mandato; ocurrieron dos grandes rebeliones populares, un golpe de estado, una asamblea constituyente, tres interinazgos. Se descalabró el sistema financiero, quebró 75% de los bancos, miles de ahorristas y depositantes quedaron arruinados. La modernización del Estado y la suscripción de un tratado de libre comercio con EEUU, fracasaron. Mientras tanto, han crecido en forma exponencial los recursos de la exportación del petróleo, gracias a los precios disparados por las secuelas de la guerra de Irak, y a la misma velocidad ha crecido la incompetencia del Estado y la corrupción. La telefonía celular tiene en el país la más alta tasa de penetración del continente y está modificando los usos, pautas y estilos de los siete millones de usuarios. La gente está mucho más informada.

El más importante y dramático fenómeno social del Ecuador moderno —la emigración— ha marcado a las familias: alrededor de dos millones y medio de personas eligieron irse a Norteamérica y Europa y, pese a muros y prohibiciones, siguen viajando, clandestinos o no, en botes, aviones y buses, enfrentando dramas y riesgos, secuestrados sus destinos por la ilusión, la necesidad y el coyoterismo. Este es otro país, sin duda, donde incluso los referentes de la creciente clase media se han modificado en forma notoria. En muchos aspectos, el país de 1995, cuando se inició la crisis, ya no existe más.

El mismo estilo para otro país

Lo singular, y lo dramático, está en que, en ese entorno político, social y

económico –casi irreconocible si lo comparamos con el de 1995– las campañas electorales no han variado en absoluto. Si bien algunos personajes han sufrido inevitable recambio y ciertos partidos han quedado reducidos a simple membrete, en lo sustancial, el discurso, los estilos, los modos de ser de los dirigentes y los temas son los mismos. Si se leen los registros de la prensa de las jornadas previas a las elecciones de 1996 o los artículos de esos días, se verá que, eliminados nombres y detalles, el fondo es idéntico: los asuntos recurrentes son la gobernabilidad, la modernización, la pobreza. Y las propuestas, igual que ahora, no pasaron de los enunciados generalísimos y de los lugares comunes mediocres.

El populismo es la constante del Ecuador electoral. La explotación de la esperanza de las masas, la identificación de caudillo redentor con las opciones políticas viables, el discurso emotivo y la pose fanfarrona, son casi idénticos al cabo de diez años, salvo porque algunos maestros de la magia democrática están ahora en el exilio. Como antes, persiste la doble agenda de los candidatos: la discursiva que pretende captar votos y la gubernativa que es todo lo contrario.

Sociedad innovadora y política de arqueología

La política de arqueología, la vetustez del sistema, la devaluación del discurso y la decadencia de los partidos tradicionales, contrastan con una sociedad dinámica, inquieta, sin rumbos claros, pero sí con la idea firme de progresar. Contrastan las nuevas realidades y los hechos políticos recientes, como los de abril de 2005, la reiterativa conducta de la dirigencia, pese a las caras nuevas que se quieren vender empleando siempre un marketing cada vez más manipulador y cínicco.

Solo la falta de comprensión y de responsabilidad acerca de los procesos que aquejan al Ecuador, explica el hecho de que parte sustancial de los diputados que pertenecen al Congreso que se puso de rodillas en Ciespal en abril de 2005, hayan optado ahora por su reelección. Solo el desprecio a la ciudadanía sensata y la falta de sintonía con la verdad del país, explican que quienes propiciaron el descalabro de las cortes, vayan ahora por otras posiciones políticas, cuando debieron dejar para siempre la escena política.

La campaña, sus estilos y personajes, el discurso y los gestos hacen pensar que este episodio electoral, que concluirá a fin de año, servirá para elegir un grupo de personas que, como es habitual, se disputarán los jirones de una democracia maltrecha, y que iniciarán otra etapa de inestabilidad, mientras el mundo avanza y el Ecuador espera que, alguna vez, las campañas rindan frutos para los que con la fe del carbonero votan por lo que el mercadeo del poder les vende.

Más allá de los afiches y las gigantografías, lo que queda como evidencia es que, a estas alturas del tiempo histórico, la política está absolutamente dissociada del país, que el discurso no calza con lo que una sociedad distinta pide. Y que la ignorancia de la realidad, ha sido siempre la antesala del descalabro de las repúblicas. ■